

Charles Robert Maturin:

BERTRAM o El Castillo de San Aldobrando (1)

ACTO I.

ESCENA I.

El escenario presenta una larga galería en el convento de San Anselmo; una alta ventana gótica en primer plano, a través de la cual se perciben los relámpagos que iluminan el cielo.

—

DOS RELIGIOSOS entran; parecen asustados.

1er RELIGIOSO.

¡Cielo misericordioso! ¡Qué noche!... ¡Gran-dísimo Dios! ¿Has escuchado ese trueno?

2º RELIGIOSO.

Hasta los muertos han debido escucharlo. Habla, habla. ¡Que al menos, en medio de esta horrorosa estampida, pueda distinguir una voz humana!

1er RELIGIOSO.

Se diría que Dios ha querido anunciar el fin de todo lo que ha creado. Reposaba en mi celda cuando esa tormenta comenzó a retumbar a lo lejos: de pronto me rodeó una luz resplandeciente y pude distinguir, con la claridad de sus rayos en movimiento, el temblor de reliquias y crucifijos. Helado por el espanto, me aparté bien lejos de esa escena terrible.

2º RELIGIOSO.

En cambio yo me paseaba, con mi rosario en la mano, entre los pacíficos habitantes de las tumbas; y he creído ver, bajo el fulgor de los rayos de fuego que brotaban de la tempestad, a las pálidas estatuas de mármol del cementerio arrojar sobre mí unas miradas tan imponentes que me han parecido animadas. Y finalmente me retiré, abrumado por el terror.

1er RELIGIOSO.

En tan terribles momentos, la piedad de nuestro Prior siempre nos ha aportado toda clase de consuelos. ¡Ey, despiértate reverendo Prior!

(Golpea la puerta.)

2º RELIGIOSO.

Acude, reverendo padre, acude a rogar por nosotros.

EL PRIOR.

¡Que la paz sea con vosotros! ¡Horroroso momento!

1er RELIGIOSO.

La memoria del hombre no puede recordar algo semejante.

2º RELIGIOSO.

¿Cómo te encuentras en esta noche de horror?

EL PRIOR.

Como cualquiera a quien el temor no hubiese vuelto insensible por las penas del prójimo; me hallaba inclinado frente al altar, rezando por los desgraciados sin techo, expuestos a la furia de los rayos del cielo, por el viajero perdido en las montañas azotadas por la tormenta, por el marino abandonado a merced de las olas azarosas, hasta que un último trueno, al retumbar dentro de mi cráneo, me obligó a implorar misericordia para mí mismo.

1er RELIGIOSO.

Esas torres emplazadas sobre los acantilados, ¿piensas que podrán resistir el huracán que las azota?

EL PRIOR.

La mano de aquel que gobierna los huracanes pesa sobre nosotros.

1er RELIGIOSO.

¡Oh reverendo Prior, no se trata solamente de un huracán!: la discordia de los ángeles infernales habita en las agitadas nubes; hay un fulgor del infierno en esos relámpagos sulfurosos; no, no son vulgares tempestades las que atormentan la Tierra...

EL PRIOR.

¡Invoca la paz!... Hombre temerario y desconsiderado, no sumes a los horrores de esta noche aquellos todavía más terribles de tus temores impíos. Es la mano del Cielo y no la del Infierno la que pesa sobre nosotros, y pensamientos como los tuyos la hacen pesar con mayor rudeza (*Un Religioso ingresa pálido y consternado.*) Habla. ¿Qué has visto tú de siniestro?

3er RELIGIOSO.

¡Un horrible espectáculo!

EL PRIOR.

¿Qué has visto?

3er RELIGIOSO.

Un espectáculo espantoso, estremecedor. Un soberbio navío, luchando contra la tempestad, se ha estrellado sobre los acantilados al pie de nuestros muros. He visto, bajo el fulgor de lívidos relámpagos que golpeaban sobre el puente, a una multitud de hombres reducidos a la más horrorosa desesperación; y, durante los lúgubres intervalos de la tormenta, he escuchado los gritos de los infortunados náufragos.

EL PRIOR.

Que todo el mundo se prepare...

3er RELIGIOSO.

Ya es demasiado tarde... No habrá ayuda humana que pueda salvarlos; al cabo de una hora su silencio será eterno, y al amanecer no verás sino restos y cadáveres flotando sobre las ondas agitadas.

EL PRIOR.

¡Potencias celestiales! ¿Nada podremos hacer por esos infortunados? Todo es posible. Poned antorchas sobre las cimas de todos los peñascos, en las almenas de todas las torres. Sostened el coraje de los náufragos, en las pausas de la tormenta, con gritos de esperanza. Que un sonoro toque de rebato retumbe a lo lejos sobre los abismos. Cualquier cosa serviría de consuelo para los infortunados frente a un peligro tan extremo... Todo es posible... Una nueva esperanza podría devolverles la fuerza, y la fuerza podría salvarlos. Correré junto a vosotros.

3er RELIGIOSO.

¡Te atreves a acercarte! Apenas podrían los sólidos y flexibles pies de la vigorosa juventud afirmarse sobre esos arrecifes lavados por las olas. ¿Cómo podrías tú sostenerte?

1er RELIGIOSO.

Sería desafiar a los cielos.

EL PRIOR.

Lo haría para socorrer a los hombres, no para desafiar a Dios. Protegerá a quienes en él se confían.

(Salen.)

Continuará...

Traducción: Juan Carlos Otaño.



Mejor sin cadenas y sin ataduras (*)

Caminar por la exitosa exposición de la Wellcome Collection sobre el famoso manicomio inglés Bedlam, fundado en el siglo XIII y que sigue abierto a día de hoy con el más esperanzador nombre de Bethlem Psychiatric Hospital, fue como recorrer la historia de la locura, embriagado por todo el falso romanticismo que esto pueda suponer.

Después de pensarlo mucho por haberme dado cuenta que una parte de mi vida, junto a la de muchos otros, podría estar al alcance de cualquiera que visitase la exposición todavía no soy capaz de decir si lo que vi me gustó o no o, lo que es todavía peor, si mi presencia me convertía en una cobaya humana cada vez que hacía un comentario en voz alta o, reaccionaba ante otros poco afortunados de los presentes, al expresar una opinión sobre la mala suerte de mis antepasados lunáticos.

Entendiendo como entiendo que *Bedlam the asylum & beyond* consiguió desmitificar todo el lado oscuro de los problemas mentales, dando voz a los profesionales reformistas, a los pacientes y a los artistas que lucharon por inundar con humanidad y dar luz a lo que antes era solo propio de seres malditos, condenados a vivir en las tinieblas, el contraste entre alusiones a camisas de fuerza, cualquier otro tipo de mecanismos de contención, regímenes de trabajos forzados y todo un movimiento que poco a poco se iba abriendo camino para devolvernos la dignidad me hizo pensar que, a veces, es mejor dejar el pasado como está para no reabrir viejas heridas. La instalación *Asylum* de Eva Kotátková, por ejemplo, a la que yo describiría como simplemente impactante me produjo una enorme tristeza al tiempo que, casi, un agudo dolor.

Sus esculturas y fotografías de pacientes en un psiquiátrico de Praga, sobre las cuales la artista había añadido dibujos de máscaras metálicas y correas de contención, intentaban de muy buen modo explicar el contraste entre las visiones internas de los pacientes, que sufrían problemas de comunicación o adaptación social y el forzado silencio que la institución les imponía para con ello demostrar, según pude entender, que el encierro todavía aísla más a quien tiene un problema mental.

Estando de acuerdo con esta idea, sin embargo, no puedo dejar de pensar que las contenciones masivas y colectivas pertenecen a otra época y que sus evocaciones solo pueden producir un terror innecesario que nadie debería sufrir.

Por suerte, ver el cuadro de Tony Robert-Fleury sobre Pinel liberando de sus cadenas a los pacientes del manicomio francés Salpêtrière me devolvió la alegría. Pinel se



convirtió en uno de los impulsores de las terapias de salud mental, cuando demostró el valor de dejar hablar a los pacientes sobre sus problemas para que así pudiesen involucrarse con sus propias curas.

Si eso ocurría en Francia, aquí en Inglaterra en 1814 algo igual de esperanzador comenzaba a suceder cuando James Norris, un paciente del Bedlam, fue liberado de sus cadenas tras pasar 10 años sujetado por el cuello a una pared y se le permitió dar su testimonio ante la Cámara de los Comunes sobre las degradantes condiciones de su estancia en el hospital. Cuatro años antes también sucedió algo que marcaría un antes y un después en la vida de los pacientes cuando el Bedlam convocó un concurso público para la construcción de un nuevo edificio. James Tilly Matthews, quien había sido diagnosticado como incurable en 1797, presentó sus diseños y notas explicativas en las cuales pude leer su deseo de que a los pacientes no estuviesen condenados al encierro permanente en sus celdas, se les dejase plantar y cultivar vegetales y, también, encargarse de cuidar a otros enfermos y ayudarlos con sus rutinas del día a día. Sin duda, las ideas de este pionero ayudarían mucho a las comunidades terapéuticas que se acabarían desarrollando con el paso del tiempo y empezaron a notarse a mediados del siglo XIX, cuando el superintendente del centro ordenó que hubiese bailes todos los lunes por la noche y que las habitaciones fueran decoradas con flores frescas y cuadros.

Todas estas innovaciones y muchas más que se fueron incorporando intentaron convertir a los psiquiátricos, sin conseguirlo en la mayoría de los casos, en «sitios de refugio, santuario y cuidado», que a día de hoy bien podrían ser reinventados y reclamados para facilitar auténticas curas de reposo, alejadas de la locura del mundo exterior, a la gente que necesita tomarse un tiempo para lidiar con los problemas causados por muchas sociedades hostiles.

NACHO DÍAZ

(*) Publicado en «Política Local». Especial para *Dazet*.

Descripción de un objeto del sueño.



1) Una lagartija algo mimetizada en ese tipo de mundo (en el del sueño) que de noche parecería moverse por la piedra y trepar las paredes. Pero que otras noches da la sensación de querer esconderse cuando la cara de la luna se pone roja.

2) Un caracol mágico, impertérrito, de un verde metalizado intenso, con balastro, casi un mito; donde los niños hacen castillos con el agua espumosa y verdosa del mar.

3) Una piedra blancuzca, pequeña y ovoidal, que bien pareciera ser el huevo que pone la lagartija o una luna recién nacida.

GERARDO BALAGUER

Cantos de sombra.

EL ÁGUILA BLANCA de los mares, el águila del Tiempo me lleva más allá del continente.

Me despierto, me interrogo, como el niño en los brazos de Kouss que tú llamas Pan.

Es el grito salvaje del Sol naciente que hace estremecer la tierra

Tu cabeza, nobleza desnuda de la piedra, tu cabeza sobre los montes, el León sobre los animales del establo.

Cabeza erguida, que me hiere con sus ojos agudos.

Y renazco en la tierra que fue mi madre.

He aquí el tiempo y el Espacio, entre nosotros precipicio y altitud

Que se levante tu orgullo nevado antaño del color humano

—Yo desaparecía, cultivador recostado en la embriaguez de la siega madura.

Resbalo a lo largo de tus paredes, rostro escarpado.

El mejor escalador se ha perdido. Mira la sangre de mis manos y de mis rodillas

Como una libación la sangre de mi orgullo antagonista, diosa con rostro de máscara.

¿Tendré que desatar las tempestades de todas las cavernas mágicas del desierto?

¿Reunir las arenas de los cuatro rincones del cielo vacío, en un ardor inmenso de langostas?

Y luego en un silencio inmemorial, ¿el trabajo del frío apocalíptico?

Resbalan ya tus palabras confusas de mujer, como quejas de angustia feliz, no se sabe

Y las piedras, en brusca y débil caída, toman el estrépito de las cataratas.

Toda victoria dura el instante de un parpadeo que proclama el irreparable redoble

Fuiste africana en mi memoria antigua, como yo como las nieves del Atlas.

Manes, oh manes de mis Padres

Contemplad su frente encasquetada y el candor de su boca engalanada de palomas sin manchas

Comparad su belleza y la de vuestras hijas

Sus párpados como el crepúsculo rápido y sus ojos vastos que se colman de noche.

Sí, es la antepasada negra, la Clara de ojos violetas

bajo sus párpados de noche.

“Mi amiga, a la sombra de los *pagnes* azules

“Las estrellas deshojas las flores de algodón de sus cápsulas rotas

“El Señor del monte se ha callado, y ha hecho callar la rebelión de los ruidos sordos.

“¡Mira! la niebla se ha condensado suavemente en claras gotas de leche fresca”

Escucha mi voz singular que te canta en la sombra

Este canto constelado por el estallido de cometas cantantes.

Yo te canto este canto de sombra con una voz nueva

Con la vieja voz de la juventud de los mundos.

LÉOPOLD SÉDAR SENGHOR (De «*Chants d'Ombre*», 1945; trad.: N. Cócara y J. Álvarez).



Los rozagantes fotomontajes de Pierre-André Sauvegeot.

29 fotocollages de Pierre-André Sauvegeot, compuestos para el libro recientemente publicado de Alain Joubert, *Le cinéma des surréalistes* (El cine de los surrealistas) (*), superan con amplitud el marco puramente «ilustrativo» — que algunos aguardarían con ansiedad — para erigirse en auténticos comentarios e interpretaciones de las películas citadas. Juego especular, en efecto, no solamente destinado a presentar «objetos del pensamiento situados en planos diferentes», sino también de aquellas escenas más representativas en films que las historias del cine oficiales no han sabido justipreciar (así como, en otro contexto, se insiste en hablar de los «pequeños» románticos); films de la imaginación y del encanto, que no son para nada «menores» y que han podido escapar — avatares o circunstancias de la historia, exilios forzados, actos fallidos de la industria — de todo control puramente racional y mercantil. Quiere actualmente, el aire canallesco que sopla a voluntad en las guardias de Occidente, reparar estas fallas inauditas y entonces confinarlos a los ghettos de lo «retro», donde puedan cómodamente despulgarse unos a otros, aplazar su *transit mortis* insoportable, etc., sin que por ello deba verse afectada la moral establecida, o de curso legal, ni el respeto por las categorías y los géneros.

Para que no se hable más de «cine realista» y de «cine fantástico» (como reclamaba Ado Kyrrou), sin embargo, allí esas imágenes resultan finalmente convocadas, llamadas a presentarse en fatales encrucijadas donde el conde Zaroff en compañía de «Peeping Tom» (observando desde un afiche en la pared) atormentan a Marlene Dietrich, Fay Wray y al tonto que intenta protegerlas; se dan cita los amantes de «Pandora y el Holandés Errante» bajo la sombra aterciopelada de las bóvedas de crucería, en imponentes catedrales góticas; evolucionan el fantasma de Jennie y su pintor, en su loca carrera por el Tiempo y la novia de Frankenstein (quien no gana para sustos), exhala su último grito mortal ante el rápido desplazamiento de insecto de Nosferatu.

«Nuestra decisión de colocarlos bajo una luz particular», nos dice Alain Joubert, «se basa en la convicción de que este es el tema dominante que se exalta. Cambia la iluminación, y de inmediato cambiarás el ángulo de la percepción. Este es seguramente el poder mágico de la mirada surrealista».

JUAN CARLOS OTAÑO

(*) Alain Joubert, *Le cinéma des surréalistes. Avec des images de Pierre-André Sauvegeot*. Maurice Nadeau / La Cinémathèque de Toulouse, 2018, 306 p.



RÍO DE JANEIRO

«En Brasil, la influyente Iglesia Universal del Reino de Dios, fundada en 1977 por dos cuñados (Edir Macedo y Romildo Ribeiro Soares), con seis mil templos en todo el extenso país, convocó abiertamente a respaldar en la elección al ex-capitán del ejército Jair Bolsonaro, un nostálgico de la dictadura (1964-1989) y puso a su disposición el oligopolio mediático de la Red Record para imponer su candidatura en el imaginario colectivo. Esta iglesia tiene su propia tropa uniformada, los llaman Gladiadores del altar. “Brasil por encima de todo y Dios por encima de todos”, es su slogan» (Rubén Armendáriz, Nodal).